

bras menos, durante sus tres años de caudillaje.

Cuando subió a la improvisada tribuna, rodeábalo un pueblo vibrante y entusiasta que sólo pedía correr al sacrificio, a la lucha, al atrio, a las urnas. D. Ignacio estaba radioso. Sus palabras hicieron el acostumbrado efecto arrebatador, especialmente cuando, con grandes gritos y violentos ademanes, reprodujo la frase:

«Los mandatarios impuros que engordan a costillas del abdomen del pueblo, no pueden continuar un día más en el poder. El gobierno local tiene que entregarse a personas honradas que no roben, a hombres sanos que no se apoderen de las rentas, a ciudadanos que sean capaces de relamberser junto al plato de caldo gordo sin tocarlo con un dedo».

Los bravos, los vivas, los palmoteos estallaron como siempre, o por mejor dicho, más que nunca, cubriendo la voz del orador que al fin logró dominar el bullicio gritando:

—¡Conciudadanos! ¡Viva la honradez administrativa!

—¡¡Vivaa!!

—¡Abajo los espoliadores del pueblo.

—¡Abajo! ¡Mueran! ¡Viva don Ignacio! ¡Viva la honradez! ¡Viva el patriota!

¡Shuitz... pum! y música, grandes golpes de bombo, alaridos de pistón... y otra bomba y otra. ¡Qué entusiasmo, qué delirio! ¡Pra ta-ra-trac-pum! ¡un cohete! y vivas y más vivas, una algazara, un jubileo como nunca se vió en Pago Chico, tanto que el batarás encerrado en un cajón, encrespó la pluma, golpeó los músculos flancos con las alas y lanzó un ronco y estentóreo co-co-ro-co, como diana triunfal del vencimiento.

—¿Qué le ha parecido el métin, don Ignacio — preguntábale por la noche Silvestre.

—¡Oh! ¡Magnífico! ¡Me ha costado más de quinientos pesos!

Mentira. Gastó sólo ciento cincuenta, pero con tal habilidad...

Silvestre lo miró de arriba abajo, sardónico, se encogió de hombros, clavóle la vista entre ceja y ceja, y

metiéndose la mano en los bolsillos del pantalón, exclamó:

—Nuestra Señora del Triunfo nunca ha sido popular.

Don Ignacio se encrespó como el gallo del reñidero, y se puso rojo de ira.

—¡Vos te crés que lo digo de agrarrau! ¿Y a mí qué m'importa la plata? ...¡Pero lo que es otro no sería tan pavo!... Ya llevo gastada una porretada de pesos, sin que nadie miagradezca.

Mientras esto decía el caudillo, Silvestre había tomado la guitarra—estaban en la botica—y cantaba acompañándose con grandes golpes de uña en las seis cuerdas:

Y ásimé.. gustáum... tirano
c'abra labocay... no grite!

El jueves llegaron dos delegados gubernistas de la capital para preparar las elecciones comunales del domingo. Apenas instalados, trataron de provocar una entrevista con don Ignacio, para hacerle proposiciones. Pero Silvestre—la oposición dentro de la oposición—estaba allí oído alerta, ojo avizor, husmeando como politiquero de raza la componenda en ciernes, adivinándola antes de que se hubiera iniciado.

Viera, a todo esto, había visto obscurecerse su estrella, eclipsada por la triunfante de don Ignacio. Tampoco él quería «componendas», y así escribió en *La Pampa*. Inútilmente, porque el meeting había dado el mando a su rival, sostenido por los envidiosos de la popularidad del periodista, y por los que sólo hacían política opositora buscando una ubicación, amén de los que D. Ignacio compraba como se ha visto. No faltaron, pues, las previsiones, los vaticinios, las amenazas de perder lo hecho sin esperanza de rehacerlo más tarde...

Sin embargo, la entrevista tuvo lugar, D. Ignacio no pudo resistir a una transacción que los llevaba de golpe y zumbido a la Municipalidad, que él creía tan verde aún, y el domingo siguiente resultó electo concejal, a pesar de los aspavientos de Silvestre, de las artículos-brulote de Viera, y la agria censura de gran parte de sus partidarios del día anterior.

Llegado al Concejo, sus colegas gubernistas, dirigidos por los delegados de la capital—no era la primer zorra que desollaban éstos—lo designaron para intendente.

—En una semana se habrá desmonetizado,—decían aquellos profundos políticos.

Pero la mayoría de los oficialistas protestaba irritada contra lo que consideraba una cruel e inmerecida derrota; en cambio, el ex-intendente, un cuyano ladino, caudillejo él también, declaraba divertidísimo que aquella evolución era «de mi flor».

—¿No le parece una barbaridad, Paisano—así le llamaban—que hayan hecho intendente a don Ignacio?

El Paisano sonreía, encendiendo el negro, y luego, sacándosele de la boca, contestaba con toda calma, y no sin algo de burla:

—Déjenlo pastiar, qu'engorde!

Y, en efecto, D. Ignacio comenzó a engordar en la Intendencia, haciendo en ella lo que sus antecesores, y rebañando cuanto pesito encontraba a su alcance.

Un día tuvo una grave explicación con Silvestre, que le echaba en cara sus procedimientos administrativos, muy alejados de la honradez acrisolada que exigiera en tanto discurso, en tanta proclama, en tanta profesión de fe a los pueblos en general y al de Pago Chico en particular.

—Mire don Ignacio, ilo qu'est' haciendo es una vergüenza!

GRAN HOTEL METROPOLI

Unico en su género

Calle 4ª Sur y Avenida 2ª Oeste.

Teléfono N° 861-Apartado N° 1193

Comida exquisita - Cuartos muy cómodos

— Menú especial: —

Jueves y Domingo

Victor Céspedes Duke, Propietario.

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA